

Cuentos del desierto: la cuarta milagrosa

■ ■ Amador Peña Chávez*

Cuando don Calixto Romero decidió abandonar por fin la congregación de Santa Cruz consideró que ya era mucho esperar que lloviera y ni una gota había caído; se había detenido a abandonar el lugar por el apego con los Carrizales quienes eran sus únicos parientes y por solidaridad –como decía– con los lugareños, a quienes representó como líder cuando la pujanza de la candelilla y el ixtle; para ese tiempo ya muy pocos quedaban, más por orgullo y terquedad que otra cosa.

Se había casado con Emilia García, años atrás, mejor conocida como Emilita por su delicada presencia, buenos modales y muy religiosa; era una solterona todavía de buen ver que solo se enojaba cuando se dirigían a ella como señora e inmediatamente respondía con el clásico: “Soy señorita y de las de antes, no como las de ahora”.

Emilita le correspondió a don Calixto, maduro y viudo, porque había muy pocas oportunidades de tener una pareja mejor. No tardó mucho en convencerla, era la única salida de aquel desierto que día a día ahorcaba a la localidad sin misericordia. Pero ahora, prepararon sus pocas pertenencias y una tarde esperaron a la camioneta de los de extensión sanitaria que venían de las lajas.

El viaje fue duro, pero la unidad que los llevaba era del gobierno y estaba en buenas condiciones; por fin llegaron a la población de Tejada muy ajetreados y llenos de polvo, allí pernoctaron. En el camino los amigos de la unidad de sanidad le aconsejaron amigablemente a don Calixto establecerse en ese lugar por ser estratégico para el negocio de la candelilla y el

ixtle que el susodicho manejaba con mucha habilidad, más éste concretó que de ese lugar donde lo dejarían se trasladaría a San Francisco de los Olivos, sueño para vivir de todos los campesinos.

Por la noche, don Calixto se entrevistó con los líderes de Tejada que ponen al día de la situación de los productos del desierto; estos sabían de antemano del liderazgo y las relaciones que tenía, así es que llegaron a unos acuerdos que avivaron la esperanza y la sobrevivencia de aquel líder de Santa Cruz.

Al siguiente día, se instaló pronto en San Francisco y empezó a cambiar su visión y sus relaciones matrimoniales. Santa Cruz no ofrecía problema, los poquitos habitantes eran familiares o personas de mucha confianza. Pero en San Francisco pensó, hay cada vivales y gente sin escrúpulos ni respeto.

Emilita era mucho más joven que él, además, a pesar de los años muy bonita, así que de alguna manera surgieron los celos que él creía olvidados. Pensó: “Tengo que ponerme trucha porque no faltará el malora que me la quiera volar”. Recordó mucho a su padre don Dimas Romero cuando le decía con aires de muy consejero:

–Hijo, cuando se reúnan usted y sus hermanos, las viejas no cuentan, que su mujer esté a un lado en firmes, no tiene derecho ni de opinión ni palabra, es más, que ni respire la hija de la... Aclárele que cuando un Romero habla, la mujer solo calla y obedece.

Cuando se iba a casar Calixto con Emilia, su padre le recomendó:

–Mire m'hijo, aprenda, prepare usted un baño de esos de lámina galvanizada llenito de agua y antes de cualquier cosa de su noche de bodas, hágala brincar el baño, es la primera prueba de una buena esposa, pero muéstrele esta cuarta milagrosa que le presto y dígame con energía que brinque el baño. –Ya en casa después de mostrarla, lleva a Emilita al cuarto donde había preparado la estrategia de su padre para conservar el

* Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

amor y el bienestar del hogar. Frente a aquel baño pleno de agua le ordena con mucho cariño:

–Mira Emilita, vas a brincar el baño y si no, esta cuartita en tus corvitas te animará a hacerlo.

Bueno, para abreviar, Emilita brincó con mucha habilidad y disciplina sin discutir para qué era todo aquello, por lo pronto la prueba la había superado, después fluyó el amor en toda su extensión de la palabra; la damita encantada no le preguntó al marido sobre aquello.

Ya estando en San Francisco de los Olivos, Calixto recordó su boda cuando su padre le había prestado aquella cuarta y la cuidaba porque había sido del abuelo. En la primera oportunidad que visitó el mercado de San Francisco, buscó las cuartas que vendían ahí, pero no le gustaron, hasta que al fin dio con la talabartería y quedó muy satisfecho con la cuartita, como él le llamaba, que fue de su agrado.

Cuando llegó a casa se sentó muy tranquilo en su silla poltrona, descubrió poco a poco la envoltura de cartón y con cuidado extendió aquel fute; le pareció espléndido.

–Es una verdadera joya –se dijo– qué chulada de riata, es todo un lujo pa’ la casa. Luego prosiguió:

–No es pa’ azotar, se inventó para adiestrar, sí pa’ educar, pa’ imponer el orden y la obediencia y que en nuestra familia *haiga* siempre amor y comprensión.

Probó con todo cuidado el asa de cuero de vaca y acarició con suavidad el mango de hueso cubierto de cuero trenzado hasta llegar a los tientos de cuero de cabra mientras extendía el largo de la cuarta: setenta y tres centímetros de rigor y de fuerza.

Antes de colocarla encima del dintel de la humilde puerta, llamó a su esposa y como un ritual le mostró la cuarta en toda su expresión.

–Mira, Emilia –pronunció su nombre real, sin diminutivo para darle mayor formalidad. Ella solo se concretó a mirar aquel amenazante objeto con cierto temor.

–Emilia –siguió Calixto–, esta cuartita tiene un nombre muy bonito, se llama “Siranda” y ten mucho cuidado con ella porque es muy delicada y brava.

Con dos clavos la sostuvo sobre el dintel de la puerta principal, mientras indicó a la sumisa mujer que siguiera con sus actividades cotidianas. Aquella puerta de madera tosca y antañona solamente la podía abrir don Calixto Romero.

Cierto día, las vecinas acudieron a casa de los Romero. La mujer que lideraba al grupo, con los nudillos de su mano, tocó con prudencia mientras esperó que le abrieran. Don Calixto muy sonriente y atento les pidió que pasaran, le llamó a Emilita quien llegó inmediatamente; entre tanto muy ufano volvió a sentarse en su silla poltrona.

–Emilita venimos a invitarte a la tertulia que hacemos cada mes, como vecina del barrio queremos que nos acompañes pa’ conocernos mejor. – La recatada señora les dice que su esposo es el que da permisos. Las damas en cuestión se dirigen al estricto señor de la casa:

–Ándele, don Calixto, deje que nos acompañe su esposa, es una fiesta sencilla, jugamos a la lotería, luego un conjunto integrado por vecinos ameniza con música y convivimos todos amigablemente.

Don Calixto Romero, sin perder su adusto semblante, concentra su mirada arriba del dintel de la puerta donde está la cuarta y vuelve a mirar arriba del dintel y le dice con supuesta consideración:

–Emilita, si quiere “Siranda”.

Las señoras entusiasmadas por lo que oyeron de aquel hombre, refrendan la invitación:

–Emilita vamos, tu esposo te dice que si quieres venir que vengas.

–Lo siento, pero no puedo ir –responde confundida–. Me duele la cabeza, otra vez será, muchas gracias.

El señor Romero, muy digno, cierra la conversación:

–Ya escucharon señoras, Emilita se siente mal. Que les vaya bien, muy amables.

Al cruzar la última dama aquella puerta, la cierra con honda satisfacción, luego le refiere a su abnegada y fiel esposa:

–Ya ves Emilita, tan fácil que es llevar esta casa en paz y con amor.